

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

MANIFESTACIONES

DE LA ASOCIACION DE CATÓLICOS DE PALMA

A FAVOR DEL PAPA DESPOJADO Y CAUTIVO.

I.

PROTESTA DE ADHESION.

SANTÍSIMO PADRE:

Cuando los mismos que por tal no os reconocen, extraños como son al gremio de la Iglesia, solamente á la luz de la justicia se indignan y estremecen del violento despojo y dura opresion de que es objeto vuestra Santidad, ¿tendrán necesidad vuestros hijos, y mas los que en estos tiempos de indiferencia se reunen y organizan para hacer mas activa y eficaz profesion de católicos, de espresar con frases su amargura, y de dar público testimonio de su inviolable adhesion á vuestra sagrada persona, al par que de censura contra tan negros atentados? Pero ¿qué diria el mundo si en ese clamor universal de lealtad y pena que de todos los puntos del globo ácia Vos se levanta, pidiendo vindieta á Dios y á los poderes de la tierra, se echase de menos la voz de la católica España, de esta España constante defensora de la santa sede y favorecida con vuestra predileccion tan señalada, ó si entre las protestas de España faltase cabalmente la de estas islas, único suelo del dominio español que holló cuarenta y siete años hace vuestra benéfica planta, y que la

opinion con mas ó menos fundamento ha designado varias veces como asilo propuesto á vuestra Santidad? Diríase tal vez que la nacion de Recaredo y de Pelayo, por su reciente alianza con la potencia que os destrona y os cautiva, desampara á la vez las banderas de la religion y del derecho, y enmudece irresoluta ante actos que tomando la simple apariencia de políticos, afectan hondamente sus sentimientos y sus intereses cristianos. Diríase que por livianas complacencias ácia un trono todavía no asentado y por mal entendido respeto á un ascendiente extraño y antinacional, ensordecemos á vuestras quejas y cerramos los ojos á vuestros agravios, Pastor supremo de las almas, Rey de las conciencias. Ah! no: inseparables son los dictados de católicos y de españoles, y tanto mas españoles seremos cuanto mas adictos á vuestra Santidad; pero dado el absurdo de que fuesen incompatibles, primero que españoles seríamos católicos. Si permitiera el cielo que la prosperidad y grandeza del pais fuesen el premio de su fatal connivencia con el crimen, á ellas renunciaríamos antes que contribuir, ni con el silencio siquiera, á la obra de iniquidad que nos priva de nuestra patria eclesiástica y estremece los fundamentos de la civil. Vuestros enemigos, ó Padre Santo, serán los nuestros; y así como nos esforzaremos en imitar vuestro magnánimo perdon á los culpables implorando para ellos con Vos las divinas misericordias, así emularemos tambien

vuestra invencible fortaleza en no consentir sus hipócritas usurpaciones, y en no participar jamás con sus *fautores, auxiliares y adherentes, cualquiera sea su dignidad*. Tal será la norma de nuestra conducta, hasta en el uso de los derechos civiles; tal será la de estos dos mil asociados, y tal nos consta se proponen seguirla muchos buenos conciudadanos, cuales quiera sean por otro lado las diferencias políticas que nos separen. Al alto fin de vuestra libertad y de vuestra restauración, que es la libertad y la restauración de la justicia, convergerán sin descanso en la vida privada y en la pública las aspiraciones y esfuerzos de los honrados patricios, no menos que de los sinceros católicos, convencidos de que por Vos ha de empezar, como víctima la más augusta y más inocente, la reparación de tantas iniquidades, si la desquiciada Europa ha de encontrar alguna tregua en sus trastornos, y nuestra humillada nación algún remedio á sus desventuras.

Palma 1^o de enero de 1871.

A nombre de la Asociación de Católicos de Palma, Fausto Morell presidente de la Junta provincial de las Baleares.—Cristóbal Barceló vice-presidente.—El marqués del Palmer vocal.—Guillermo Antonio Puerto vocal.—Marcos Picornell tesorero.—José María Quadrado presidente de la junta parroquial de la Catedral.—Juan Ferrá y Aloy presidente de la del primer distrito de Santa Eulalia.—Miguel Mariano Ribas presidente de la del segundo de la misma.—José de Oleza presidente de la de Santa Cruz.—El marqués de Campofranco presidente de la de San Jaime.—Juan Masanet y Ochando presidente de la de San Miguel.—Bernardo Palou presidente de la de San Nicolás.—Juan Bestard secretario.—José Riusech vice-secretario.

Leída en reunión general del 1.^o del corriente dicha protesta, fué aprobada por unánime aclamación. Entre tantos centenares de concurrentes solo había en aquella vastísima sala un corazón y una voz, rebosaban en todos los semblantes los mismos sentimientos: amor filial, entusiasmo religioso, sed de justicia, execración de la iniquidad, puro y enérgico españolismo. No era pasión política, ni mucho menos, lo que allí se sentía y declaraba, sino invencible retraimiento y hasta repulsión irrevocable de toda política que pudiera jamás apoyar y sostener la expoliación y el sacrilegio. Así inauguró la Asociación el año, que empieza Víctor Manuel entrando en Roma, y el hijo de Víctor Manuel entrando en Madrid.

II.

TRÍDUO DE ROGATIVAS.

A la protesta ante los hombres, era menester añadir la protesta á Dios, que es de efecto más seguro y poderoso, pues nunca desoye, sino por poco tiempo y para cumplirlos mejor; los votos de sus hijos, con cuyas oraciones deja hacer violencia casi siempre á los decretos de su inescrutable rigor. Madrid había dado no hace un mes á los católicos españoles un alto y grandioso ejemplo. Escogieron para sus funciones los de Palma el vasto templo de S. Francisco, tan vasto como muchas catedrales; y bajo la holgada tienda de seda carmesí que cubre su colosal testero, se espuso al anochecer de los días 4, 5 y 6 el augusto Sacramento en el altar, grave y magestuosamente alumbrado por perenne iluminación. Al canto de la corona de la Virgen acompañado de órgano sucedía el del *Misere-re* por las robustas voces de los cantores de la catedral y de otros sacerdotes, que ocupando las gradas del presbiterio entonaban después del sermón la letanía de todos los santos, seguida de las preces del ritual: en el coro la sección filarmónica de la sociedad cantaba la antífona *Tu es Petrus*, composición digna de su acreditado director Sr. Torres, ya que no pudo llegar á tiempo por causa de los temporales la del eminente Sr. Eslava, que por la generosa concesión del autor hubiera sin eso resonado en las bóvedas de San Francisco como en las de S. Isidro de Madrid; pero al menos pudo oírse bien ejecutada su incomparable reserva *Bone Pastor*, dejando en el auditorio impresiones indelebles.

Los oradores sagrados estuvieron á la altura de su cometido, y más si se atiende al corto tiempo que se les dió para llenarlo. Arrancado de sus tareas parroquiales y de la soledad de Calviá el joven rector D. Miguel Porcel, supo recopilar en un discurso de elegantes y correctas formas los beneficios sociales del pontificado. D. Jaime Martorell, levantándose como acostumbra á la región más abstracta de las ideas, estableció un bellissimo paralelo entre las relaciones de la gracia con

la naturaleza y las de la Iglesia con el estado, derivando de esta equiparacion las mas luminosas consecuencias; caracterizó profundamente al papa de *Adan de la nueva ley*, investigó con precision y con ilustrado criterio histórico el origen del poder temporal de los pontífices, trazó con rapidez y maestría sus vicisitudes, y terminó con una sentida deprecacion á favor de Roma cristiana, *el cielo de la tierra*, como dijo. Lástima que en el calor de la improvisacion (pues sabido es que constantemente improvisa) se le escapase alguna palabra vehemente, y por tanto menos propia del púlpito, y cierto nombre propio que ni aun para censurarlo pronunciaríamos en el lugar sagrado, imitando la delicada reserva de su Santidad; por lo demás ni la mas remota alusion se entrevió á las cosas ni á los gobernantes de España. El señor canónigo lectoral y provisor eclesiástico D. Rafael Amer con su habitual facundia enumeró las duras pruebas y gloriosos triunfos del pontificado en sus diez y nueve siglos de existencia, y conmovió vivamente al auditorio con el presentimiento de las desgracias que tal vez amenazan en estos instantes al mas dulce y al mas perseguido de los papas.

La mañana del dia de Reyes, último del triduo, fué destinada á celebrar religiosamente el segundo aniversario de la instalacion de la Sociedad en Palma. Los socios se acercaron á las ocho á la sagrada mesa, muchos es cierto, mas de 500 tal vez, pero no tantos aun, lo confieso, como fuera de desear si hemos de derivar de unos mismos sacramentos la union y fuerza de que mas que nunca necesitamos. Cantóse á toda orquesta á las diez y media la gran misa de Paccini; y no dudaria calificar de supremo goce musical el que produjo en la escogida concurrencia, si el lugar, el objeto y hasta el carácter imponente de la música no lo hubieran transformado, lo que es mucho mejor, en goce altamente religioso. Otro tanto pudiera decir, en el orden literario, del discurso de nuestro don Miguel Maura, en que tan estrecha como naturalmente supo enlazar el recuerdo del aniversario, el objeto del triduo y el misterio del

dia; pero los entrañables vínculos que le ligan á la Asociacion, prohiben estendernos en elogios, que creerian exagerados tal vez los que no le oyeron, y para los que le oyeron serian pálidos seguramente. Celebraron la misa de la comunión y la mayor señores canónigos, realzando además con su presencia los demás actos religiosos, ya que á nuestro venerable prelado le impidieron sus dolencias y lo crudo de la estacion asistir á ellos como deseaba. Desde la conclusion de la misa mayor á las doce y media hasta que empezó el triduo á las seis de la tarde, permaneció de manifiesto el Santísimo, reemplazándose cada media hora en la vela y alumbrado doce socios, y no es menester añadir que fué sin distincion de edades ni categorías donde tan arraigada está la cristiana fraternidad y tan de todo punto olvidadas las distinciones sociales. En todas las funciones fué grande el concurso, pero en la de la noche del 6 prodigioso: en aquella ocasion, y solo recordamos otra parecida, se tomó por decirlo así la medida á la capacidad de la nave de S. Francisco y de sus numerosas capillas, y se probó que allí cabian tres mil, cuatro mil y tal vez mas personas.

III.

CUESTUACION.

A la suma de 10,488 reales 75 céntimos ascendieron las limosnas recogidas durante dichas funciones en las bandejas que estuvieron á cargo de las señoras, único medio de cuestuacion que se adoptó como el mas espontáneo. Su producto íntegro se remitirá á su Santidad en union con la protesta, como donativo ó mas bien como tributo del religioso pueblo palmesano.

Gracias mil, amados compatriotas, á nombre de la Sociedad de Católicos! Habeis correspondido dignamente á su llamamiento en favor del Padre comun; y esta triple manifestacion de homenajes, oraciones y limosnas llevará al traves de los mares algun consuelo, tal vez en los momentos mas angustiosos, al atribulado corazon de Pio IX.

J. M. Q.

EL CULTO HUMANITARIO.

ARTÍCULO III.

En política el dogma de la soberanía popular corresponde exactamente á ese culto supremo que la humanidad á sí misma se tributa, y erige en principio su absoluta independencia de todo legislador y de toda ley sobrenatural. Instalada según cree en la posesión de sus derechos, y emancipada de la sujeción y tutela, que si bien confiesa pudieron convenir á la flaqueza é ignorancia de su menor edad, mira ya como trabas que comprimen su desarrollo en la plenitud de sus fuerzas y de sus luces, ha recogido á todo gobierno los poderes emanados desde lo alto y sellados con la sanción divina, para espedirle otros con su firma y sello á fin de que en su nombre y por su gracia gobierne. El cambio ciertamente no ha sido muy favorable ni al prestigio de la autoridad ni al decoro de la misma sumisión; algo va de representantes y delegados de Dios á delegados y representantes del pueblo, para la dignidad y recíproca confianza así del que manda como del que obedece. Y no siendo el nuevo dios y soberano ni eterno ni inmutable, sus títulos se retiran y espiden á cada momento, sus leyes cambian con el capricho de los poderdantes y con la perpetua vicisitud de las cosas; nada hay que no sea instantáneo, pasajero y de circunstancias, tomando por guía la opinión y por árbitra la voluntad universal. Y siendo esta en sí tan múltiple y encontrada, razones que se descomponga en tantos elementos cuantas son las voluntades individuales; que se establezca el voto general indisciplinado y ciego, es decir, el caos de la anarquía, ó bien el voto organizado y dirigido por unos cuantos, es decir, la explotación y el monopolio; que se restrinja y limite este derecho por condiciones enteramente naturales como el sexo y la edad, ó por otras arbitrarias y extrañas al mismo ser del hombre, como el arraigo y la riqueza; que los votos en razón de la igualdad soberana en vez de pesarse se cuenten, anteponiendo el número á la calidad; que esté al arbitrio de la mayoría absoluta

transformar el mal en bien y el error en verdad, y que con mitad más uno de los votos no haya crimen ni delirio á que no pueda arrojarse la sociedad, incluso el suicidio. Y cabiendo en el cómputo de dichos votos mil recursos para falsearlos, mil ardides para torcerlos, mil violencias para oprimirlos, tampoco es extraño que una mayoría respetable se encuentre supeditada, ó que suponga á todas horas estarlo una escasa minoría de descontentos, y que se apele al tribunal supremo de la fuerza y al *santo* derecho de insurrección, brotando de la misma opresión una nueva soberanía. Así en el fondo de ese imperio absoluto de la voluntad hallamos siempre la rebelión ó la servidumbre; así vemos cernerse sobre esas inmensas asambleas de soberanos, dominando sus resoluciones y frustrando sus consejos, una divinidad brutal y sanguinaria que se apellida revolución, como la fatalidad inflexible y omnipotente que pesaba sobre los dioses del Olimpo.

La soberanía del pueblo es un absurdo, mientras no se conceda á cada individuo la infalibilidad de la razón y se proclame la santidad de sus pasiones: pero un gobierno democrático, que realiza aquel principio, es también el más opresor y humillante de los gobiernos. Cada súbdito es soberano, pero no puede usar de su voluntad sin abdicarla enteramente en otro, y en la designación de este delegado sábese que trabas aun le imponen la disciplina de partido, la más penosa y tiránica de todas, y sus demás vínculos de relación ó dependencia social. De cada mil papeletas que en las urnas se depositan, apenas hay una escrita con pleno conocimiento y plena libertad; y ¡por cuantos arcaduces no ha de pasar todavía su voluntad para producirse en actos positivos! Parece rey y es juguete, parece dueño y es esclavo, hácese instrumento de lo que más repugna y cómplice de lo que más abomina. Y si de la solemnidad pacífica de las votaciones se pasa á la manifestación imponente de las barricadas, allí no se reina sino que se combate; allí se sucumbe ó se vence para ser vencidos en otra jornada ó dominados por el restablecimiento

del estado normal. No hay historia que abunde mas en tumultos, pero tambien en tiranos y dictadores, que la historia de las democracias; los mas fastuosos títulos con la miseria mas abyecta, el poder teórico con la impotencia práctica, la decantada ilustracion con la ciega credulidad ó torpes pasiones que la arrastran, ofrecen un contraste desgarrador en la reinante muchedumbre. De esta suerte el hombre se escapa de Dios para someterse al hombre, recusa las disposiciones del órden eterno para atacar los caprichos de sus semejantes, atropella la ley y se rinde á la fuerza; esta es su emancipacion y su apoteosis.

Y en moral, si es que moral cabe donde faltan las ideas de lo sobrenatural y divino, ¿cuáles son los resultados de aquella? ¿qué principio es capaz de regularla? En un sér independiente y absoluto, existente por sí y para sí, carecen de accion y aun de sentido los deberes y obligaciones; á nada está atendido sino á las mismas condiciones naturales é intrínsecas de su existencia. Mientras el hombre fué reputado como una imágen de Dios, y el espíritu como una centella desprendida de su seno, y la vida como una prueba para merecer la reunion ó separacion eterna de su Creador segun el uso de su albedrío, Dios mismo constituia su fin, la gracia su fuerza y su auxilio, la fé su luz, el cielo su esperanza; y el objeto de sus leyes, el blanco de sus esfuerzos, la tendencia de sus facultades se refundian en la perfeccion, es decir, en la asimilacion al soberano modelo. Pero si es cierto que en sí contiene el gérmen y el destino de su sér, si consigo posee la fuerza, la luz y la confianza, dentro de sí tiene que buscar la satisfaccion y la hartura de sus facultades y deseos, el centro de su amor, el cumplimiento de su fin. ¿Qué objeto es este que se propone y anhela como exclusivo término y resultado? la felicidad. A la felicidad aspiraba tambien antes, al tender á la perfeccion, que consideraba cual recurso y mérito para conseguirla; pero entonces corriendo á ella con los ojos clavados en el cielo la llamaba *bienaventuranza*, y ahora buscándola sobre la tierra la apellida *bienestar*. Y esta idea, este deseo in-

saciable aunque tan positivo, absorbe todo pensamiento, ocupa toda actividad, despierta toda ambicion, exaspera todas las privaciones, crea inmensas necesidades, y encierra y comprime en una mefítica y sofocante atmósfera la expansion incalculable de la humanidad. En otros siglos morian los hombres por su religion y por su patria; mas en el presente de un extremo al otro de la culta Europa se degüellan para arrancarse mezquinas comodidades ó envidiados placeres. Hasta los principios democráticos, que sirven de bandera á los desenfrenados apetitos y rabiosa codicia de bienestar, han caido prácticamente en la indiferencia; son gritos de guerra que han perdido su literal acepcion, conservando solo su belicoso sonido. Libertad! igualdad! ¿qué importan ya esos ídolos de la razon y esos fantasmas del orgullo á una generacion hambrienta y materializada? Desdeña los sistemas, desconoce las categorías, búrlese de las distinciones: libertad de goces es lo que reclama y no libertad de ideas; igualdad de bienes y no de clases sociales ni de políticos derechos. ¿Y quién hubiera soñado en establecer como principio y base de la moral la misma concupiscencia, sino el que fuese á buscar los jefes y directores de una sociedad en las cárceles y presidios?

¡Qué de tinieblas en el mediodia de la ilustracion! ¡qué de febriles delirios en el seno del positivismo helado! ¡qué de servidumbre bajo el imperio de la libertad! ¡qué de agitacion y descontento creciendo al paso de la prosperidad material! ¡qué infortunio y miseria de la humanidad en su insensata glorificacion! Fatigada de tardíos pesares y de quiméricas esperanzas, incapaz de recobrar con sus estériles lágrimas la juventud y lozanía que gastó con sus excesos, y de alcanzar entre las sombras de lo futuro las seductoras ilusiones que la deslumbraron, se ha reputado sensata volviéndose escéptica y materialista, sin creer mas que en sí, sin contar mas que con lo presente. Midiendo sus proyectos por la brevedad de la vida y por la veleidad de sus caprichos, y no cultivando sino las plantas que inmediatamente producen frutos, se

limita á una esfera donde sus sacrílegas pretensiones no puedan recibir crueles desengaños, y donde se cree bastante poderosa para producir y bastante duradera para gozar: la actividad de los negocios, el movimiento de la industria, el esplendor del lujo, se han encargado de llenar los vacíos del espíritu y de reemplazar su vida moral y sus aspiraciones á lo infinito. Pero también lo presente y lo material se le escapan, también aquí tropieza con su impotencia, con riesgos, tumultos y miserias de toda clase; é imposibilitada de volver atrás y de ir adelante, sitiada por remordimientos y temores, se ase con la desesperada fuerza del naufrago á ese globo que le parece próximo á sumirse en los abismos. ¿Y por qué no levanta los ojos y la esperanza á la cadena de oro que lo tiene suspendido de la diestra del Omnipotente?

J. M. Q.

PASTORAL DEL OBISPO DE ÁVILA

SOBRE LOS MALES DEL SIGLO Y CALAMIDADES DE LA IGLESIA.

En la imposibilidad de publicarla entera á causa de su mucha estension, entresacaremos de ella diversos pasajes, contando con la benévola amistad del insigne cuanto modesto prelado que nos perdonará la osadía de extraer lo que no consiente extracto, y sintiendo haber de privar á nuestros lectores de los párrafos omitidos.

Ocupense en buen hora los sabios del mundo, los grandes genios de la diplomacia, los perspicaces políticos, si los hay, los gigantes de la llamada ciencia social, los conquistadores de la materia, los que se creen depositarios de la *ciencia del bien y del mal* de las naciones, ocupense en descubrir anécdotos para curar los males que á estas afligen. No los molestaré, no los interrumpiré. Pero permitan á un obispo que no odia al siglo en que nació, ni mira con malos ojos sus legítimos adelantos, que viene desde su juventud estudiando á su modo las condiciones de la época en que le ha tocado vivir, y que se halla ya hoy en los preludios de la ancianidad, permítasele repetir una y mil veces el grito que hace ya bastantes años viene lanzando sobre una sociedad grave y profundamente enferma: «penitencia, penitencia!»

Es muy antiguo este grito, es verdad, como es antiguo el pecado que lo ha hecho necesario: y esta sociedad nueva en que vivimos es tan delicada, es tan sensible, tan *nerviosa*... es tan locamente pre-

suntuosa, sensual y soberbia, que siendo en gran manera pecadora, no quiere oirlo. Ese es su peor mal; está enferma, está herida en las entrañas, está amenazada de disolución espantosa, si rehusa el remedio, y sin embargo lo rehusa. Yo gritaré no obstante, yo trabajaré clamando, según la frase del profeta, «penitencia! penitencia!» La sociedad actual, tan bella y tan robusta al parecer de algunos, marcha á la perdición si no hace penitencia.

Porque si la voz omnipotente y fecunda del Señor, que sacó al mundo de la nada y ha obrado en él tan asombrosas maravillas ya en el orden de la naturaleza, ya en el de la gracia, no es recibida por unos sino con indiferencia ó con hastío, como el maná en el desierto por los israelitas ingratos; si otros la rechazan con abierta rebeldía como elemento contrario á la felicidad mundana que disfrutan ó sueñan, ¿qué medio queda para curar los males del espíritu y preservar de la muerte á las naciones y á los individuos? ¿Acaso la palabra del hombre? Ah! La palabra del hombre, cuando el soplo de Dios no la impulsa ni anima, suele ser fecunda, espantosamente fecunda para el mal, para amontonar ruinas y empaparlas en sangre; pero estéril, del todo estéril, para crear, sostener ó restablecer el imperio del bien.

La palabra del hombre lo que hace, lo que está haciendo con resultados bien dignos de lágrimas, es canonizar el crimen, engalanar la injusticia, glorificar la iniquidad y sembrar el desorden. ¿No veis como á culpas horrendas que revelan una perversión profunda, y cuya sola idea hubiera hecho estremecer á nuestros padres con ser de corazón tan robusto, se las cubre hoy, mediante la palabra humana hablada ó escrita, se las cubre de flores para hacerlas pasar por delicados ó atrevidos rasgos de habilidad ó de genio? Y ¿no es quizá esta una de las principales causas que producen esa insensibilidad feroz, esa frialdad monstruosa, esa ausencia de todo saludable remordimiento, con que vemos se cometen y se multiplican los mas atroces crímenes, ya privadamente, ya en público?

Y despues de todo, se nos quiere pintar la actual sociedad como muy ilustrada, muy culta y de dulces y apacibles costumbres! También esto nos hace recordar el antiguo pueblo, objeto de las misericordias del Señor y provocador de sus iras. «¿Por qué te empeñas, decía el Señor por Jeremías, en mostrar que es bueno tu camino para captarte mi amor, pues has enseñado tus caminos llenos de maldades, y en tus alas se ha hallado la sangre de las almas pobres é inocentes?... y dijiste: sin pecado estoy é inocente, y por tanto apártese de mí tu furor. He aquí que yo entraré en juicio contigo, porque has dicho «no he pecado.» Cuán demasiado vil te has hecho marchando por tus caminos!»

¿No lo veis? Mientras que Dios está cargando su mano poderosa y terrible sobre una nación vecina, mil veces digna de compasión por su índole cristiana, por sus delirios pasados y por sus desgracias presentes; mientras que, con asombro de los pru-

dentes del mundo, ve humillada por estraña mano su grandeza y quebrantada su pujanza; el gobierno de otra nacion *civilizada*, que debiera aprender algo en el infortunio ageno, se apresura á derramar nuevas copas de amarga hiel en el corazón de la Iglesia á quien llama madre, y de su augusto jefe á quien llama padre!... Qué misteriosa ceguedad!...

Y si fuera cierto que los gobiernos de las demás naciones mirasen con desdeñosa indiferencia la mas inicua de las usurpaciones verificada con la mas vil de las hipocresías... oh! bien pudiera asegurarse que no tuvo tan horrible calma Pilatos cuando se lavaba las manos, ni aun Tiberio cuando tuvo noticia de la cobarde é indigna conducta del gobernador de Judea que habia deshonrado las fasces romanas entregando al Justo al furor de sus enemigos.

Ya conoceis que os hablo otra vez de la invasion de Roma por las tropas del Piamonte, de la sacrilega usurpacion del resto de los Estados Pontificios á que todavía no habian estendido su mano la injusticia y la violencia. Sí, amados diocesanos: no se contentaba con menos el espíritu destructor de cuanto á la Iglesia pertenece. Aquella *ciudad amada* del pueblo de Dios, aquella Roma querida y venerada de los adoradores del Dios verdadero, aquella mansion del reposo y de las graves y profundas meditaciones, aquella morada predilecta de la ciencia y del genio, aquel santuario de refugio para los corazones enfermos, aquel asilo preparado por la mano de la divina Providencia para los necesitados de grandes consuelos, aquel pueblo el mas razonablemente libre y feliz de todos los pueblos de la tierra—á pesar de las huecas declamaciones de los espíritus frívolos ó dominados de impiedad,—ese pueblo arrancado á la mano protectora y benéfica del pontífice rey, es hoy presa de dominacion estraña, y no me sorprenderá, ni á vosotros sorprenda, verle dentro de poco hecho víctima del mas brutal desenfreno, y á nuestro comun padre obligado á buscar asilo donde Dios quiera.

Ahora decidme vosotros: llegadas las cosas á este punto en que parece que la sociedad, fuera de su quicio, y obstinada en desentenderse de Dios, falta á los fines para que el mismo Dios la formó, decidme, llegadas las cosas á este punto, ¿qué hará Dios con el mundo?

Hambres, pestes, inundaciones, temblores de tierra, hundimientos de pueblos, sacudimientos violentos en las naciones, furors sangrientos de unos pueblos contra otros y de unos hombres contra otros, bamboleo en los tronos, falta de aplomo en los gobiernos, inseguridad en lo presente, hondos temores sobre el porvenir... todas estas y otras calamidades han venido sobre el mundo en breve espacio de tiempo; y el mundo todavía duerme... Dios cerca de espigas los caminos de los hombres; *llena todas las cosas de tribulacion*, diríamos con S. Agustin, para que levantemos hácia él nuestros ojos; y los hombres, adheridos á la tierra, de la tierra solo se ocupan, como si se creyesen bastante justos ó bastante poderosos para no tener que temer las iras del cielo.

Sabemos que el orgullo humano en su loco empeño de desentenderse de Dios y de alejarle, por decirlo así, del gobierno del mundo físico y del mundo moral, ha inventado fórmulas para explicar á su modo los fenómenos aterradores que uno y otro presentan de cuando en cuando, sin hacer entrar en ellas la idea de Dios que sin duda le inquieta y espanta demasiado. Pero ¿qué vale ese esfuerzo del amor propio, esa disimulacion de la propia ignorancia, esa artificiosa ocultacion del miedo para los que hemos leído en el libro divino que Dios *armará las criaturas para la venganza de los enemigos: que el fuego, el granizo, la nieve, la helada, el espíritu de tempestades ejecutan su palabra: y que el fuego, el azufre, el viento borrascoso son la porcion del cáliz de los pecadores*, esto es el principio de sus castigos, como espone S. Gregorio?... Con razon, dice el mismo santo, nos hieren todas las cosas que han servido á nuestros vicios: *jure omnia nos feriunt quæ vitis nostris servierunt*.

Todos los vanos pensamientos de los hombres, todos sus discursós, por brillantes y pomposos que aparezcan, no harán que falle en un ápice esta sentencia del Espíritu Santo: *la justicia eleva la nacion, mas el pecado hace miserables á los pueblos*. El pecado es el torrente de iniquidad que, atravesando los siglos, viene ahogando en sus inmundas corrientes una porcion considerable del género humano, é infestando el mundo con sus pestíferas emanaciones. De estas se fórman esas nubes de impenetrable densidad que, segun la espresion de Isaías, ponen division entre nosotros y nuestro Dios, y nos esconden su cara para que no nos oiga: nubes de venganza que, cuando el soplo de la divina clemencia no las disipa, vienen á descargar su malignidad sobre los pueblos, familias ó individuos que el dedo de Dios las designa. Y cuando llegan estos momentos terribles y angustiosos, ya sabeis lo que sucede: pierden su sabiduría los sabios, y su prudencia los prudentes, y la ciencia se avergüenza de sí misma, y los oráculos enmudecen, y los arrogantes adoradores de la razon y de la omnipotencia de sus recursos dan grandes ejemplos de *prudente cobardia*; y el nombre de Dios es grande y adora-ble, santo y terrible mientras duran los momentos de su juicio y la manifestacion de su poder. En aquellos momentos no hay aleos ni panteistas, ni aun siquiera deistas.

Quisiera yo, amados en Jesucristo, que os penetraseis bien de esta verdad por amarga que parezca; es á saber, que en las causas ó motivos de los males públicos que caen sobre el mundo suele haber cierta solidaridad, cierta participacion comun ó cuasi comun del mayor número, sobre lo cual pocas veces ó ninguna piensan aun las personas graves. Los pecados públicos, sobre todo cuando gozan de impunidad, suelen por una disposicion justisima de la divina Providencia atraer las calamidades públicas ó castigos comunes. «Cuando los magistrados, dice el sabio y piadoso P. Nieremberg, no castigan á los culpables, toma Dios la mano para castigar

al pueblo y á los magistrados.» Ahora bien: en esa clase de pecados que provocan la ira del Señor, si bien se reflexiona, siempre suelen ser muchos los que se hacen culpables; unos cometiéndolos, otros consintiéndolos en reprehensible silencio, otros omitiendo castigarlos teniendo obligacion de hacerlo, estos faltando al deber de la correccion fraternal desnudos de celo por la honra de Dios, aquellos tal vez aprobándolos ó aparentando aprobarlos por mundana prudencia, quienes cooperando directa ó indirectamente al mal, quienes dejando de hacerle frente en los términos que pudieran y debieran por miras de torpe, cobarde y criminal egoismo: de suerte que por comision en unos y por omision en otros, por cooperacion al mal y falta de enérgica cooperacion al bien, el vicio y el crimen campean y se hacen de moda, y la virtud llega á verse oprimida, deshonrada, desposeida de todo derecho y privada de todo miramiento ante la sociedad perversa. Dios deja sufrir por algun tiempo á los justos que lloran y ruegan; pero al fin deja sentir el peso de su mano sobre los pueblos culpables.

Os afligen los males de la Iglesia. Justa, justísima es vuestra afliccion y la mia. Pero la Iglesia en su amargura, agradeciendo vuestras lágrimas filiales, podria deciros como su divino esposo á las hijas de Jerusalem que le seguian al Calvario: «no lloreis sobre mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque dias vendrán en que direis á los montes, *caed sobre nosotros*, y á los collados, *enterradnos*.» Oh! La Iglesia misma llora: pero llora por vuestra suerte y por la suerte de vuestros hijos; llora por las ofensas y ultrajes que contra Dios se cometen, y por las consecuencias horribles que han de traer para los hombres esos ultrajes y ofensas. No tengais vosotros parte directa ni indirecta, mediata ni inmediata en esos ultrajes y ofensas, lavad vuestras almas de la impureza de la culpa, y orad por los que se hallan sujetos á sus cadenas, y consolareis á la Iglesia y enjugareis las lágrimas de vuestra santa madre.

La Iglesia!.. Es condicion de su existencia en la tierra padecer y enseñar á padecer. Esto, que tan repugnante y á veces tan oprobioso es al mundo, es el carácter, el distintivo divino, la gloria de la única verdadera Iglesia de Jesucristo, la Iglesia católica. Esposa del Crucificado debe, para asemejarse á su esposo, ser tambien crucificada; y en efecto, es enclavada en la cruz, segun el pensamiento de San Agustin, para que no tenga arrugas que afeen su hermosura. *Crucifigitur ut rugam non habeat*.

Miradas las cosas á esta luz, y tomando en cuenta esa misteriosa alternativa de gozos y dolores por la que Dios en su altísima sabiduría quiere hacer pasar á su Iglesia, paréceme (y disimúlese lo atrevido del pensamiento) paréceme que tocaba por ahora á nuestra santa madre pasar por un período de amargura y sufrimiento, por lo mismo que hace poco ha disfrutado de grandes consuelos.

¿No la visteis poco ha vestida con sus galas celebrar un dia de triunfo en medio del mundo asom-

brado? ¿No la visteis, á la que el mundo impío creía caduca y decrepita, presentarse llena de vida y robustez, hablando á ese mundo mismo palabras de verdad y de salvacion en tono grave, solemne y majestuoso, como quien posee la fuerza de Dios y tiene potestad para anunciar al mundo sus eternos decretos? ¿No la visteis como torre de David levantada en medio de un mundo ruinoso, adornada de mil escudos y cubierta de toda armadura de fuertes? ¿No la visteis, como un ejército puesto en orden de batalla, aparecer tan serena y temible, ó mas temible que en otros tiempos, ante la muchedumbre y poder de sus enemigos? Oh! este fué un verdadero triunfo para la hija del cielo. Rodeado el supremo pastor de la grey católica, como de una corona, de sus hermanos llegados de todos los puntos de la tierra, daba gracias al cielo por los consuelos inefables con que regalaba su ancianidad.

O Roma, Roma querida! yo te ví, yo tuve la dicha de verte en la plenitud de tu grandeza, vestida de fortaleza y hermosura. Tú eras entonces un globo de luz, que iluminaba toda la tierra y llevaba á sus últimas estremidades claridad, consuelos y alegrías. O inmortal basílica de S. Pedro! tú eras entonces el foco de la vida que irradiaba el universo, la fuente de salud patente para la casa de Jacob, el monte santo del Señor al que levantaban su vista los que deseaban el auxilio del cielo y el conocimiento mas explícito de la verdad y de la ley.

Pues, si hemos recibido tales bienes de mano del Señor, ¿por qué no hemos de sufrir resignados los males con que quiere visitarnos para probar y purificar nuestra fe? Si poco ha hemos tenido esos consuelos, ¿por qué tan pronto habrian de desfallecer nuestras esperanzas? podríamos temer por la existencia de la Iglesia, habiendo visto hace poco una de las mas grandes y sensibles pruebas de su vigor y lozanía? Remontémonos, A. H. en alas de la fe á las alturas de los designios divinos, y en los mas duros y ásperos acontecimientos veremos las obras de la sabiduría y bondad de Dios ejecutadas con delicada y esquisita perfeccion.

Dejad que pasen los dias de prueba que el Señor tiene decretados; y mientras pasan, purificad vuestras almas y orad; y cuando haya llegado la hora de Dios, levantad del polvo vuestras cabezas, y vereis como ha cambiado la escena: vereis la mano del Señor salvando á su pueblo, y quebrantando la fuerza y confundiendo la astucia de los poderes, que habia tomado por instrumentos para la ejecucion de los designios de su providencia, para la purificacion de sus escogidos.

Avila 24 de noviembre de 1870.

El 31 de diciembre entró en Roma Víctor Manuel, y el 1º del actual por la tarde regresó á Florencia. Ignóranse el objeto y los pormenores de este breve y misterioso viaje.